

Aportes de las teorías para la comprensión de las formas organizativas en el sector agropecuario en el este pampeano

Autores: Trotta¹, Maria Claudia; Melazzi¹, Maria Marta; Torrado Porto², Roberto y Mazzola¹, Walter

correo electrónico de contacto: claudiatrotta16@gmail.com

RESUMEN

En las últimas décadas, se están evidenciando profundas transformaciones en el sistema agroalimentario mundial y, por ende, en las formas de producción, situación que permite identificar en el agro global y, por inercia, en el argentino, tres grandes modelos productivos que coexisten y conviven en el sector agropecuario actual.

Un primer gran modelo está dado por la continuidad de la “Revolución Verde”, que se sostiene a partir de la utilización de una fuerte carga de agroquímicos, fertilizantes, el uso de riego intensivo y un paquete de maquinaria acorde con la cantidad de labores necesarias a realizar en cada cultivo para alcanzar los resultados productivos esperados.

El segundo modelo identificado es el de la agricultura industrial (modelo transgénico), propio del agronegocio. Este modelo es mucho más intensivo y se basa en un paquete tecnológico integrado por tres componentes principales: siembra directa, cultivos transgénicos y agroquímicos.

Como respuesta o reacción ante dichos modelos, en las últimas décadas, aparece y se posiciona con mucha fuerza un tercer gran modelo que es el de la agricultura familiar, campesina, indígena, de prácticas orgánicas o agroecológicas.

Estos tres modelos coexisten, conviven y, en algunos casos, sientan posiciones extremas y generan conflictos territoriales en el agro actual, tanto en lo global como en lo local-territorial.

El presente ensayo tiene como objetivo principal, hacer una revisión teórica de las posiciones tomadas por distintos autores referentes de cada modelo, cotejando sus fundamentos con lo que realmente ocurre en la realidad, para intentar comprender: ¿cómo es la dinámica evolutiva y prospectiva de estos modelos de cara al futuro?; ¿cómo se estructuran y organizan dichos modelos en los actuales contextos globales y territoriales? y, sobre todo, ¿cuál es el impacto socio-productivo y organizacional de su coexistencia y convivencia en el sector agropecuario en la Argentina?

PALABRAS CLAVE: Modelos productivos - formas organizacionales - agro pampeano

¹ Grupo Agro Pampeano de estudios socioeconómicos (GAP) - Facultad de Agronomía – Universidad Nacional de La Pampa

² Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) – EEA “Ing. Guillermo Covas” (Anguil – La Pampa – Argentina)

INTRODUCCIÓN

Cualquier proceso de investigación que se intente desarrollar en la actualidad, inclusive en temáticas referidas al sector agropecuario, estará condicionado por la pandemia originada por el virus Covid-19 que afecta a todas las sociedades del mundo, modificando en forma brusca las condiciones de vida de la población. A nivel global, no se observa una crisis similar desde la Gran Depresión de 1929³. Tal es el impacto de la pandemia que, en la actualidad, las economías avanzadas ya experimentan caídas del PBI del orden del 10%, situación que, por inercia, impacta sustancialmente en las economías emergentes del resto del planeta.

El sector agroalimentario, pese a cumplir una función social de primera necesidad (esencial), no ha sido ajeno ni inmune a las consecuencias de la pandemia. De hecho, los efectos de la crisis sanitaria global han afectado la dinámica y el normal funcionamiento de los distintos eslabones de todas las cadenas agroalimentarias. Al respecto, se estima que las consecuencias de la pandemia van a impactar o ya están impactando, directa o indirectamente, sobre los diversos sistemas de producción primaria y, consecuentemente escalará, tarde o temprano, sobre todos los componentes de las cadenas agroalimentarias y agroindustriales.

Simultáneamente, ya en lo que se considera el periodo pos-pandémico global, se evidencian impactos aún más disruptivos, difíciles de evaluar aún, como consecuencia del prolongado conflicto ruso – ucraniano.

Sin embargo, cuando se evalúan en detalle los impactos del COVID-19 y del conflicto armado ruso-ucraniano sobre la producción primaria a nivel global, parece evidente que estos, en principio, no han sido aún observablemente críticos. Pero es de esperar que se produzcan disrupciones en aquellos sectores más vulnerables a estas crisis, con altos costos económicos y consecuencias sociales producidas por: la depreciación brusca de las monedas en los países emergentes y la consecuente caída en los niveles de ingresos de la población, que comprometen sustancialmente la disponibilidad y el acceso a alimentos; el cambio en la composición de la canasta de consumo (menos proteínas y más hidratos de carbono refinados y ultra procesados); el aumento de la inseguridad alimentaria y de los niveles de pobreza y/o de pobreza extrema, que ponen en jaque los avances hacia los objetivos de desarrollo sostenible (ODS), entre otras muchas consecuencias aún no predecibles.

Además, conviene tener presente que se desconoce la duración y consecuencias a largo plazo de la pandemia y del conflicto ruso-ucraniano; tampoco se puede prever la periodicidad de posibles rebotes del COVID-19 y, por ende, cuando finalizará la actual dinámica de confinamiento y des-confinamiento en las distintas partes del mundo. En suma, se desconoce cuándo y cómo las cosas volverán totalmente a la “normalidad” o cómo será y se configurará una “nueva normalidad”.

Por otro lado, estas crisis brindan las oportunidades para repensar los modelos productivos, por ello, y por su importancia, los sistemas agroalimentarios y agroindustriales son un punto de partida obligado del largo proceso de recuperación y transformación que se avecina, en principio sobre la base de: la reacomodación de los precios internacionales de *commodities*; la aceleración de los procesos de reconversión de producciones intensivas a través de la incorporación de nuevas tecnologías; la caída en la demanda de alimentos de calidad “Premium” o destinados a determinados nichos de consumo; la expansión del comercio on-line de alimentos; la revalorización de la comercialización en canales cortos; el desarrollo y aplicación de la ciencia y la tecnología para la producción diferencial de alimentos; las mayores exigencias mundiales en términos de la inocuidad de los alimentos; los cambios en la calidad de las dietas de los consumidores y la expansión de acuerdos bilaterales de comercio a nivel mundial; la revalorización de la conciencia sobre el uso de los recursos naturales y el cuidado del ambiente, entre otras oportunidades de alcance e impacto global.

Se presume que estas oportunidades permitirán que las cadenas alimentarias sean más inclusivas y, también, más resilientes a los impactos del cambio climático, a las posibles crisis sanitarias futuras y a la continuidad de los conflictos armados en distintos lugares del planeta. “*En el sector agroalimentario, los inéditos problemas han dado lugar a inéditos desafíos*” (FAO – CEPAL, 2020)

En este contexto, solo considerando los impactos de la pandemia a nivel general y específico, en lo que respecta a los países latinoamericanos, los índices económicos han disminuido. Esto se ve reflejado en la disminución del PBI que, comparado con el año 2019, sufrió una caída del 6,4%. En Argentina el retroceso fue aún mayor: -9,9% PBI 2020 con respecto al 2019 (INDEC). Al respecto,

³ La **Gran Depresión**, también conocida como la **Crisis de 1929**, fue una gran crisis financiera mundial que se prolongó durante la década de 1930, en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. Su duración depende de los países que se analicen, pero en la mayoría comenzó alrededor de 1929 y se extendió hasta finales de los años treinta. Fue la depresión más larga en el tiempo, de mayor profundidad y la que afectó a mayor número de países en el siglo XX. En el siglo XXI ha sido utilizada como paradigma de hasta qué punto se puede producir un grave deterioro de la economía a escala mundial.

según FAO - CEPAL (2020), la caída obedece a dos factores: por un lado, por las fuertes restricciones aplicadas a los sectores nacionales de producción de servicios y turismo y, por otro lado, y en forma paralela, por la disminución de las exportaciones de las industrias manufacturera, minera y de combustibles.

Por su parte, si bien el sistema agroalimentario ha replicado la tendencia, la disminución ha sido solo del 5,1% para los países latinoamericanos en general. En Argentina, según el INDEC, esta caída ha sido mayor para los sectores de agricultura y ganadería, alcanzando el 6,9%.

Sin embargo, a pesar de los índices desfavorables y más allá de la situación epidemiológica actual, el sector agroalimentario argentino ha evidenciado de manera significativa un proceso de crecimiento y modernización durante los últimos cincuenta años. No obstante, según Eduardo Trigo (2013), en los ámbitos rurales se evidencian situaciones de pobreza que se han agudizado durante el mismo periodo, siendo la exclusión un tema aún no resuelto y alejado de las agendas políticas. Al respecto Sili (2005) reafirma la idea que, en los últimos cuarenta años, los resultados han sido poco alentadores generando efectos sociales y ambientales de alto impacto como: migraciones internas que produjeron el despoblamiento rural, hacinamiento urbano, deterioro de suelos y aguas, pérdida de la biodiversidad, pérdida del patrimonio y de la cultura tradicional, olvido y marginación social y cultural de gran parte de los espacios rurales entre otros.

Así y todo, en nuestro país, la producción agropecuaria sigue siendo una de las principales actividades económicas que, continuamente, enfrenta una serie de desafíos vinculados con su reposicionamiento en el contexto del desarrollo, como instrumento esencial para la reducción de la pobreza, la seguridad alimentaria, la sustentabilidad ambiental y nuevas formas de relacionamiento entre el sector agropecuario y el resto de los actores de la cadena agroalimentaria.

1. ANTECEDENTES

1.1. LA TRAYECTORIA DEL SECTOR AGROPECUARIO EN EL CONTEXTO DE LA GLOBALIZACIÓN

A partir de la década del 70 la evolución del capitalismo mundial adquiere nuevas características. Esta etapa, denominada globalización, evidencia la aparición de nuevas formas en el proceso de internacionalización del capital.

Según Glyn y Sutcliffe en Teubal (2001) el proceso de globalización describe la creciente mercantilización de las diversas esferas de la actividad económica, social y cultural, y a la integración de las diversas partes de la economía mundial en un “mercado global”.

En estos procesos de constitución y consolidación del mercado mundial, las grandes empresas transnacionales adquieren una relevancia superior a la de los Estados nacionales, convirtiéndose en actores claves que conjugan aspectos comerciales y financieros, bajo una nueva lógica de globalización empresarial (LLach et al, 2010). Siguiendo a estos autores, existen dos factores cruciales que han facilitado estos procesos, uno es el tecnológico y el otro está relacionado con las políticas económicas implementadas.

El primer factor permitió el abaratamiento de los costos de transporte y las comunicaciones, facilitando la integración de los mercados de bienes y servicios y financieros geográficamente dispersos. Pero, también, influyeron las políticas públicas que impulsaron los movimientos internacionales de capitales como fuente de financiamiento de las inversiones.

Según Radrihan (2011) la globalización económica se asimila a la expansión del modelo neoliberal en lo económico, confundiendo en parte el debate, sin que ello signifique no valorar el impacto tremendo que tiene en nuestra sociedad la aplicación de este modelo, prácticamente sin contrapesos.

En este contexto se han operado profundas transformaciones en el sistema agroalimentario mundial y, por ende, en las formas de producción del sector agropecuario, situación que permite identificar en el agro global y, por inercia, en el argentino, tres modelos productivos que coexisten y conviven en el sector agropecuario actual. Pengue (2014), citado por Torrado Porto (2019), refiere a estos tres modelos considerando solo el origen de las fuentes de los alimentos y “bienes del campo”, pero coincide con la necesidad de también tener en cuenta aspectos vinculados a los cambios en las lógicas productivas y comportamientos socio-económicos, en el marco de la convivencia de los tres grandes modelos globales de producción.

En este sentido, Pengue (2014) identifica un primer gran modelo global: el de la “Revolución Verde”. Este modelo se sostiene en la utilización de una fuerte carga de agroquímicos, fertilizantes, el uso de riego intensivo y un paquete de maquinaria acorde con la cantidad de labores necesarias a realizar en cada cultivo para alcanzar los resultados productivos esperados.

El segundo gran modelo global identificado es el de la agricultura industrial (modelo transgénico), propio del agronegocio. Este modelo es mucho más intensivo y se basa en un paquete tecnológico integrado por tres componentes principales; siembra directa, cultivos transgénicos y agroquímicos (Cáceres, 2015).

El tercer gran modelo global es el de la agricultura familiar, campesina, indígena, de prácticas orgánicas o agroecológicas. La propia FAO (2011) reconoció la importancia de este modelo productivo en su relación directa con la seguridad alimentaria y con la construcción de escenarios locales de producción, consumo e intercambio. Cáceres (2015) sostiene que probablemente, en la actualidad, el enfoque agroecológico es el modelo de producción agropecuaria alternativa que disputa y confronta el espacio tecnológico-productivo y la visión de desarrollo agropecuario que actualmente controla el agronegocio. Torrado Porto (2019) observa que estos tres modelos coexisten y conviven en el agro actual, tanto en lo global como en lo local-territorial. Para el autor, el agro argentino no es ajeno a este escenario, pero necesita y es plausible a un análisis histórico de cómo evolucionó, especialmente durante las últimas décadas, para identificar, en base a los contextos, las grandes transformaciones (políticas, económicas, tecnológico-productivas y socioculturales), sus causas y sus efectos.

Por ello, para realizar la caracterización histórica de la evolución de la agricultura en la Argentina, Torrado Porto (2019) recupera a Stratta Fernández & De los Ríos Carmenado (2010) quienes han considerado cuatro criterios de análisis para poder definir cuatro etapas históricas. Dichos criterios son: la dinámica del contexto económico externo y su influencia en países dependientes de las exportaciones de productos alimenticios; el marco político y condiciones de desarrollo económico interno, como elementos que han tenido influencia en la evolución de la actividad agropecuaria argentina; el comportamiento de los factores de producción e innovación, como elementos que permiten evaluar el desempeño económico y la productividad de una región, zona o país y la variación demográfica urbano-rural, como factor constante a lo largo de la historia argentina.

1.2. LOS CAMBIOS PRODUCTIVOS Y SU IMPACTO EN LA ESTRUCTURA AGRARIA Y FORMAS DE ORGANIZACIÓN DEL SECTOR AGROPECUARIO ARGENTINO.

Sobre la base de los criterios considerados por Stratta Fernández & De los Ríos Carmenado (2010) en Torrado Porto (2019), desde 1950, se pueden evidenciar dos importantes procesos étápicos globales que impactaron en el sector agropecuario argentino.

El primer proceso se extiende, aproximadamente, desde 1950 a 1989 y se corresponde con la **etapa de mecanización y tecnificación del agro**. A nivel global y regional, este proceso conocido como la Revolución Verde, se inicia a mediados de la década del 60 donde las políticas implementadas de liberalización de las importaciones y el estímulo a la inversión extranjera directa por gobiernos desarrollistas impulsaron este proceso de modernización; impactando especialmente en la región pampeana a principios de los ochenta.

En este periodo, la agricultura tradicional se proyectó hacia una agricultura industrial, cuyas principales características estuvieron dadas por una alta mecanización de las labores agrícolas, el uso de semillas mejoradas genéticamente, la utilización de agroquímicos y fertilizantes y la incorporación de áreas bajo riego.

Este paquete tecnológico fue adoptado parcialmente, pero los cambios que produjo en la agricultura argentina fueron suficientes para aumentar la productividad, a partir del uso de nuevas variedades de cultivos (trigo mexicano de ciclo corto, maíz híbrido, sorgo y girasol), herbicidas y pesticidas. Según Obschatko (1988), el efecto operado en esta etapa se refleja en la evolución de las variables básicas: se verifica un aumento cercano al 30% en la producción agrícola, originando tanto un aumento de la superficie en producción (17%) como en el incremento en la productividad de la tierra. Por su lado, Barsky (1988) afirma que las transformaciones operadas durante esta etapa hicieron que el valor de la producción se multiplicara por tres, la productividad de la tierra se duplicara y la productividad de la mano de obra se cuadruplicara.

En este período, el agro argentino asistía a los primeros reordenamientos que produjo el “desdoblamiento del sujeto agrario”, fenómeno que se profundizó en la década de 1970 y que colocó por un lado a los poseedores de tierra y capital y por otro a los dueños de la tecnología y el saber experto (Ivickas Magallán, 2016).

Este salto en la productividad y la recuperación de la agricultura argentina está fundamentado por la difusión masiva de tecnología y el resultado de la innovación tecnológica por parte de las instituciones que se crearon en la segunda mitad del siglo XX.

Cabe destacar, en esta etapa, que la creación del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA) en 1956, el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) en 1958 y, en el ámbito privado, el surgimiento de instituciones desarrollistas no estatales, como la Asociación de

Consortios Regionales de Experimentación Agrícola (AACREA), dotaron de conocimiento especializado a un campo de acción relativamente autónomo de los expertos.

Es así, que se comienza a observar una nueva forma de organización de la producción, con base en los cambios tecnológicos impulsados por el INTA. Esta nueva forma de organización de la producción se desarrolló en un contexto político de gran inestabilidad, pero en un marco de continuidad de medidas económicas que impulsaron la industria privada y la introducción de material genético mejorado.

Además, comienza la incorporación de agroquímicos y se estimula el desarrollo de la producción nacional de maquinaria e implementos agrícolas. Estas mejoras técnicas, permitieron resolver la escasez de mano de obra generada en la región pampeana, por la migración del campo a las ciudades (Barsky, 1988).

Pero teniendo en cuenta lo que sucedería más tarde, lo que importa de esta etapa y de la “Revolución Verde” en nuestro país, fue que permitió la entrada de la soja a la región pampeana para complementar el ciclo de rotación con el trigo, instancia que permitió generar dos cosechas anuales, algo inédito en aquellos tiempos para la región.

Para comprender la complejidad del entramado socio-productivo en el sector agropecuario es necesario incorporar también en el análisis el desarrollo de las formas asociativas y organizacionales desde una mirada más política y estratégica, observando las racionalidades e intereses de cada organización como así también la cultura, identidad, dinámica de cada una de ellas.

Según Ivickas Magallán (2016) el agro argentino de este siglo se caracteriza por la presencia de una multiplicidad de sujetos colectivos con trayectorias, demandas e intereses diversos, tales como las corporaciones gremiales, asociaciones de productores, cadenas de valor y otras formas organizativas que comparten y/o se disputan la representatividad de los actores que lo componen.

Cabe destacar, entre las organizaciones gremiales, el rol de Federación Agraria Argentina (FAA) que, desde un perfil netamente reivindicativo, inicialmente exigió una legislación que regulara el régimen de arrendamientos. La FAA representó y acompañó la transición de un grupo proletariado de inmigrantes a la clase media agraria, ya que durante la década de 1960/70 la forma de tenencia predominante en la zona pampeana era la de propietario. El perfil organizacional de la FAA es fundamentalmente un servicio: gremial y político con detección y satisfacción de necesidades de los pequeños productores.

El segundo proceso se corresponde con la **etapa de especialización productiva y agriculturización**, iniciada en los albores de 1990 y presente hasta la actualidad. En nuestro país, la entrada de la soja fue el puntapié inicial del proceso de especialización productiva y agriculturización del agro argentino. Este proceso étápico se manifiesta como la segunda gran transformación de la agricultura en la Argentina.

Paralelamente, en este periodo, la aplicación del Plan de Convertibilidad implicó un punto de inflexión en la evolución de la estructura agraria en la región. Las condiciones económicas propiciaron el desarrollo de empresas agropecuarias de mayor envergadura, dando paso al agronegocio ocasionando un notable crecimiento de la producción, producto de la aplicación de tecnología para la intensificación agrícola. Como contrapartida se acentuó la reducción de explotaciones agropecuarias de pequeños y medianos productores, lo que configuró el retroceso de la agricultura familiar.

Para mitigar estos efectos negativos se decidió, desde el ámbito estatal, apoyar los procesos de reconversión productiva y superación de la pobreza rural con la creación del Programa Federal de Reconversión Productiva para Pequeños y Medianos Productores “Cambio Rural”, Prohuerta y el Programa Social Agropecuario, siendo los primeros gerenciados por el INTA y el restante por la SAGPyA. El Programa Cambio Rural tuvo por finalidad mejorar la competitividad sistémica territorial de los pequeños y medianos productores empresariales (PyMEs agropecuarias) e integrarlos a las cadenas de valor, en un ámbito de equidad social y sostenibilidad ambiental.

En esta etapa, se evidencia que el sector agropecuario argentino mostró su capacidad de reconversión y potencialidad, sobre la base de un crecimiento significativo de la agricultura pampeana (Giberti, 2001). Esta capacidad de reconversión estableció un punto de inflexión, tanto en la productividad agrícola, como en los efectos socio territoriales de las comunidades rurales (Gorestein, 2008), a partir de un creciente proceso de intensificación y expansión de la agricultura en la región pampeana. Navarrete & Gallopin (2007), coinciden que este dinamismo de la agricultura fue producto y se centró en el cultivo de semillas transgénicas (irrupción de la soja en la campaña 1996/97), la difusión de la siembra directa y la agricultura de precisión.

El cambio tecnológico fue el eje de la transformación de la agricultura nacional durante la década del 90. Como lo afirma Pengue (2014), la Argentina fue el escenario donde se ha evidenciado dicha situación en mayor proporción, tomando un gran impulso, en principio, en la Región Pampeana donde se generaron cambios en las formas de producción; en la apropiación de los recursos; en el uso de la tierra y los recursos naturales; en la intensificación del uso de insumos; en la generación de nuevos conocimientos para la gestión de las explotaciones agropecuarias; en el manejo del capital económico,

financiero y de los recursos humanos y, ciertamente, de los pobremente evaluados impactos y *trade-offs* ambientales y sociales, más allá de la escala creciente en la producción anual de los cultivos de exportación.

Esta transformación se produjo no solo por la llegada del paquete tecnológico transgénico, sino por su asociación a una nueva lógica empresarial vinculada a la siembra directa que dio paso al agronegocio y (re) configuró nuevas formas de organización productiva del agro argentino.

Pengue (2014), también observa el surgimiento de nuevas cadenas y formas de producción. En especial, identifica como nuevos actores de la producción a los contratistas rurales y, paralelamente, como nuevas formas de organización dentro de los sistemas de producción a los "pooles de siembra". Los cambios estructurales en la producción y el capital, impactaron fuertemente sobre la conformación de los subsectores rurales, tanto patronales como asalariados y sus relaciones recíprocas, a la vez que llevaron a la aparición de nuevas organizaciones rurales empresariales (como AAPRESID, MAIZAR, ARGENTRIGO o ACSOJA) con una creciente incidencia en los procesos de difusión tecnológica.

Al respecto, Balsa (2014) refuerza la idea de que, en esta etapa, el desarrollo agrario implicó no sólo la incorporación de nuevas tecnologías sino también el surgimiento de nuevas formas de organización de la producción, basadas en vínculos contractuales entre los diferentes agentes y la concentración de la producción.

Estos cambios ocurridos que afectaron a largo plazo a la estructura agraria pueden ser evidenciados en forma cuantitativa a partir de los análisis resultantes de la comparación intercensal entre 1988 - 2018. Según García (2020) en nuestro país se observa una permanente disminución (-40%) en el número de explotaciones agropecuarias (EAPs) y un incremento en el tamaño promedio de las mismas (47%). Así mismo, la autora señala la existencia de una estructura agraria bimodal; donde las EAP menores a las 500 ha en 1988 eran 87% de las EAP del país y manejaban el 16% de la superficie agropecuaria relevada; en 2002 eran el 83% con el 13% de la superficie y en 2018 sólo alcanzan al 80% y trabajan el 11% de la tierra en producción. Por otro lado, las de más de 500 ha, que en 1988 eran 13% con el 84% de la superficie relevada, en 2002 pasaron a representar el 17% de las EAP con el 87% de la superficie y en 2018 alcanzaron al 20% con el 89% de la superficie censada, evidenciándose así una tendencia hacia la concentración de la superficie agropecuaria en el territorio nacional. En relación con la forma de tenencia, la proporción de superficie en propiedad ha disminuido entre 1988 y 2018 para el total del país, desde 71,7 % a 68,5% como también se observa que la sucesión indivisa ha tenido igual comportamiento disminuyendo entre censos del 13,5%, al 6,3 % y 3,4%, respectivamente. Como contracara, la participación del arrendamiento ha crecido del 7,5% en 1988, a 11,5% en 2002, alcanzando el 18,6% en 2018.

Con relación a la producción agropecuaria, todos los indicadores muestran signos de un "cambio de época", tal cual lo define Trigo (2013), llegando al fin de un largo periodo de bajos incentivos a su desarrollo, para convertirse en un eje central y desempeñar un rol dinámico en la transformación de las economías. Cambios profundos en las relaciones de producción, en las relaciones de poder, en la experiencia humana y en la cultura reflejan ese cambio de época (De Souza Silva, 2017) que aceleran transformaciones en todos los ámbitos, entre ellos en el sector agropecuario.

Cualquier intento por explicar ese "cambio de época" en el sector, en principio, requiere de una aproximación sobre el reconocimiento de la presencia de nuevas relaciones y formas de organización dentro de la estructura agraria, concepto complejo relacionado a las nuevas posiciones adoptadas por los sujetos, en el circuito de la producción agropecuaria, en función de los recursos materiales que controlan (Aparicio y Gras, 1999; Gras y Hernández, 2013).

Por otra parte, el análisis de la estructura social agraria, según Margiotta y Benencia (1995) nos permite reconocer la presencia de distintos grupos o sectores y sus características y, simultáneamente, identificar un entramado de nuevas relaciones sociales, a través de la cual se conforma una nueva dinámica socio - productiva acompañada por la institucionalización de nuevos sistemas normativos y demás elementos culturales. Desde esta posición, en la actualidad del sector agropecuario argentino, es necesario responder: *¿Qué tipos de sujetos sociales están a cargo de la producción agropecuaria?, ¿Qué tipos de unidades de producción quedan definidas?, ¿Cómo viven y producen los productores?, ¿Cómo se organizan intra y extra predialmente?*

Para encontrar y dar respuestas a estos interrogantes, es necesario revisionar y analizar las dinámicas que se fueron presentando en los continuos y complejos cambios contextuales etápicos.

Así, es evidente observar y afirmar que las dinámicas de los procesos avanzaron hacia la conformación de sistemas productivos mucho más integrados y coordinados, situación que provocó la continua reconfiguración de la actividad agropecuaria, principalmente, a partir de la adopción del nuevo paquete tecnológico para la producción de granos y oleaginosas. De igual forma, se evidencia que la siembra directa y su paquete complementario, modificó sustancialmente el paradigma de los conceptos productivos y logísticos. Su implementación permitió efficientizar costos, revalorizar la conservación y

manejo del suelo, incentivó una nueva generación de maquinaria agrícola, como así también impulsó la implementación de nuevos modelos de toma de decisiones, a partir del ingreso de nuevos agentes económicos (como industriales y proveedores de servicios, entre otros) y el desembarco del capital financiero en el negocio agropecuario (Sili, 2005).

En este marco, en la actualidad, el límite entre lo que se define como actividad primaria, industrial o de servicios, se torna cada vez más difuso, a la vez que distintos tipos de contratos se convierten en el eje de las relaciones económicas del sistema agroalimentario, en reemplazo del mercado como estructura de gobernanza predominante (Senesi et al. 2013; Anlló et al. 2010).

Paralelamente, con mayor o menor intensidad según la etapa que se analice, se ha venido dando un proceso paulatino pero creciente de concentración, tanto en la producción agrícola como en las diversas fases de transformación y comercialización, así como también, una creciente intensificación de los nexos verticales en las cadenas agroalimentarias (Radrigán Rubio, 2011).

Por otro lado, en nuestro país, los cambios en la producción ganadera están asociados, entre otras razones, al desarrollo de genética adaptada a nuevos ambientes; a la implementación de técnicas intensivas para el engorde del ganado; a una mayor difusión del uso de los servicios de faena y a la presencia de hiper-supermercados que actúan como distribuidores integrados dentro de la cadena agroalimentaria de la carne. En forma complementaria, pero vinculante, los mercados internacionales también imprimen señales que modelan nuevos perfiles de consumidores a atender.

Todos los cambios mencionados, modificaron la estructura real de las diferentes producciones y replantearon las relaciones con el resto de la economía (Anlló et al. 2010). Así, - por inercia de lo sucedido en la "Revolución Verde" y, específicamente, como producto de la etapa de modernización agraria que condujo, en un primer momento, a la sojización del agro argentino y, posteriormente a su "pampeanización" (Pengue, 2014) - se observa una continuidad en la reducción de la cantidad de explotaciones agropecuarias (CNA, 2018), así como también cambios dinámicos adaptados o reaccionarios a los continuos cambios contextuales. Esta compleja situación afecta, recurrentemente, las modalidades sobre la tenencia de la tierra que, en algunos casos, responden a la dinámica de entrada y salida de inversiones vinculadas al capital financiero no agropecuario.

"Las actividades asociadas con el uso de la tierra se encuentran inmersas en profundas transformaciones técnicas, productivas y organizacionales. El destino de tales actividades no sólo se orienta a la producción de alimentos cada vez más sofisticados y diferenciados, sino que se amplía hacia los biocombustibles y los insumos industriales." (Anlló et al, 2010)

Al respecto, distintos trabajos de investigación coinciden al observar la coexistencia de dos modelos de organización de la producción (Bisang et al, 2013): el modelo tradicional y el modelo en red.

El modelo tradicional se caracteriza, principalmente, porque la propiedad de la tierra coincide con la explotación directa, bajo la estrategia de desarrollar internamente la mayor cantidad posible de procesos con equipamiento propio y asumiendo el riesgo del negocio. Se trata de un productor que integra todas las actividades, tiene buena parte del control y la decisión de qué, cómo y cuándo producir. En este modelo, el espacio de producción es, la chacra, con una marcada tendencia a controlar internamente la parte sustantiva de los procesos productivos, siendo su operador el chacarero, agricultor u otro, quien reside en el campo o se encuentra ligado territorialmente al mismo y es el eje del proceso de toma de decisiones.

En el modelo en red, quien desarrolla las actividades agrícolas ya no es, necesariamente, quien posee la propiedad de la tierra; existen empresas que coordinan capital financiero, deciden las actividades que se van a desarrollar y contratan tierras y servicios para llevarlas a cabo, son las empresas de producción agropecuaria. En esta nueva forma de organización, se abandona la integración vertical de las actividades en la explotación agropecuaria y cobran mayor presencia los proveedores de servicios e insumos de origen industrial. Los intercambios productivos, comerciales y tecnológicos permiten la incorporación de nuevos actores y/o tomadores de decisión que se organizan en red sobre la base de acuerdos jurídicos; siendo la tecnología uno de los componentes más relevantes como sustento de la competitividad con un fuerte peso exógeno en su suministro. Por el lado de la demanda, se evidencian preferencias por mayor cantidad de productos, como también en calidad y diferenciación. (Bisang, Anlló y Campi 2010, 2013).

"Nuevos o remozados agentes económicos (proveedores industriales de insumos, supermercados, empresas de logística) van desarrollando una amplia gama de modalidades de relaciones de intercambio (en producción y comercio), que afectan las formas de reparto de las rentas generadas por el conjunto de la producción". (Anlló et al, 2010).

Ambos modelos organizacionales se posicionan, principal y específicamente, sobre sistemas productivos de base agrícola y/o se identifican en zonas donde la agricultura se manifiesta como el sistema predominante.

A MODO DE CONCLUSIONES PRELIMINARES

Tanto los cambios socio – productivos y organizacionales, como los motivos que los incentivan, son plausibles de ser enmarcados dentro de la “Teoría de la Adaptación”.

Barnard (1938), planteó que el mayor problema de las organizaciones es su adaptación a los cambios en un ambiente complejo y definió la complejidad como la existencia de muchas respuestas correctas y mutuamente contradictorias. Cabe acá la reflexión de Alvin Toffler (2006), para quien *“los analfabetos del siglo XXI no serán aquellos que no sepan leer y escribir, sino aquellos que no puedan aprender, desaprender y reaprender”*. En el mismo sentido, la complejidad exige una dinámica de desafío en la formulación de nuevas preguntas.

Desde estas consideraciones, a partir de la constatación de la complejidad de la realidad económica y de las fallas del mercado, el principal problema de la economía es la adaptación (Hayek 1945). En economías turbulentas y en escenarios de negocios inciertos la adaptación resulta un tema clave. En definitiva, la adaptación a los cambios se resuelve a partir de diseños institucionales, organizacionales y tecnológicos, alineados con la estructura de gobernanza y la estrategia de negocios, con el foco en el acceso al mercado y a las preferencias de los clientes (Ordóñez, 2002).

Por tal razón, las organizaciones deben adaptarse al mercado, a su lógica y a sus reglas, destacando los aspectos turbulentos y la necesidad de enfrentar las fluctuaciones e incertidumbre del medio ambiente. Queda claro que los agronegocios enfrentan y enfrentarán distintas perturbaciones que llevan y llevarán a la necesidad imperiosa de cambios y a la innovación permanente, en pos de mantener la competitividad del sistema en particular y la satisfacción del consumidor (Palau y Senesi, 2013).

Al respecto, existen muchos trabajos que dan cuenta de la importancia del impacto que la producción agropecuaria tiene sobre el resto de la economía y la forma en que ella se inserta en la dinámica de las redes internacionales, siendo la forma de organización de la producción local un elemento esencialmente clave para lograrlo. Al respecto Bisang (2008), plantea la posibilidad de escalar en las tramas internacionales hacia eslabones más complejos y generar efectos multiplicadores sobre el resto de la economía. Esto dependerá, fundamentalmente, de la forma de organización de la producción interna.

Argentina -cuya producción primaria y sus derivados son parte relevante de su economía- se articula en esta nueva configuración como un oferente relevante -para la mayoría de las actividades-, en las primeras etapas de las redes internacionales, con un rol acotado de proveedor de insumos (granos y/o subproductos de la primera etapa de la transformación industrial). (Bisang, 2008).

Por otra parte, se observa que en la actualidad dichas formas de organización de la producción agropecuaria se están reconfigurando y/o reconstruyendo en el marco del paradigma transicional que imprime la Bioeconomía. La Bioeconomía concibe el aprovechamiento de los recursos biológicos disponibles, en un país o en una región, para la producción sustentable de bienes y servicios. Desde esta posición, la Bioeconomía se presenta como una oportunidad para regenerar las fuentes de progreso económico y la reinserción en los mercados mundiales, atendiendo las causas y remediando las consecuencias del cambio climático, principalmente a partir de la reducción de la incidencia ambiental por el uso de hidrocarburos fósiles y/o insumos derivados.

Así, la transición hacia una visión del desarrollo, basada en la Bioeconomía, constituye una estrategia de producción que implica una reconfiguración de las formas organizativas en el marco de un nuevo tipo de organización económica transversal a toda la economía de un país o región y que, a su vez, incluye una gran variedad de sectores productivos tradicionales y emergentes con distintas escalas de producción, pero que comparten el uso de los procesos y recursos biológicos como un componente central de sus actividades productivas de bienes y servicios.

El agro argentino, que tradicionalmente ha estado orientado a satisfacer las necesidades alimenticias a partir de los ritmos biológicos de la naturaleza, de sus condiciones climáticas y de suelos, va transformando su rol, orientándose a satisfacer las múltiples demandas productivas, más allá de las alimenticias, en base a la innovación tecnológica y organizativa de mayor complejidad. En este sentido, su inserción internacional y la captación de las rentas vigentes, dependerá de la reorientación de las ventajas competitivas dinámicas basadas no solo en la dotación de recursos naturales, sino en las innovaciones tecnológicas y organizacionales del agro.

Es evidente que la Bioeconomía - y su enfoque - influirá sobre las formas de organización de las actividades productivas agropecuarias y, en consecuencia, reconfigurará los actuales modelos productivos y comerciales.

REFERENCIAS BIBLIOGRAFICAS:

- ANLLÓ, G., BISANG, R. Y SALVATIERRA, G. 2010. "Cambios estructurales en las actividades agropecuarias. De los primarios a las cadenas globales de valor". Documento de proyecto presentado en el marco del convenio SAP 10/001 entre el PROSAP y la CEPAL.
- APARICIO S. Y GRAS G. (1999) "Las tipologías como construcciones metodológicas" en Estudios Rurales. Teorías, problemas y estrategias metodológicas. Pp 151-171. Coordinadora Giarraca, Norma. Ed. La Colmena, Buenos Aires, Argentina, 1999. ISBN: 987-9028-14-7.art_revistas/pr.4828/pr.4828.pdf
- BARSKY, O. (1988). La Agricultura pampeana. Transformaciones productivas y sociales. (IICA, Ed.) México: Fondo de Cultura Económica. 422 pp.
- BISANG, R., ANLLÓ, G., Y CAMPI, M. (2013). "El desarrollo agrario argentino en las últimas décadas" en Bisang Anlló y Campi (Comp.) Claves para repensar el agro argentino. Bs As: Eudeba.
- CENSO NACIONAL AGROPECUARIO (2018). Resultados Preliminares. Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (INDEC). Argentina.
- GRAS, C., y Hernández, V. (2013). "Los pilares del modelo agribusiness y sus estilos empresariales" y "El modelo agribusiness y sus traducciones territoriales". En Gras y Hernández (Coord.) El agro como negocio. Bs As: Biblos
- IVICKAS MAGALLÁN, M. (2016) Organizaciones del agro argentino. Los orígenes de la Asociación Argentina de Consorcios Regionales de Experimentación Agrícola (AACREA). 1957-1970
- MARGIOTTA, E. Y BENENCIA, R. (1989). "Introducción al estudio de la Estructura Agraria. La perspectiva de la sociología rural". Mimeo. Facultad de Agronomía. CEABA. UBA. Buenos Aires.
- PENGUE, W. (2014). Cambios y escenarios en la agricultura argentina del siglo XXI. Programa de Desigualdad y Democracia, 49. Buenos Aires, Argentina: Fundación Heinrich Boll. Disponible en: <http://www.idaes.edu.ar>
- RADRIGÁN RUBIO, M. (2011). "Globalización y su impacto sobre las estrategias de gestión de las empresas cooperativas. Estudio de casos en el ámbito chileno". Tesis para optar al grado de Doctor en Economía Aplicada, Universidad de Valencia.
- SENESI, S., CHADDAD, F. Y PALAU, H. (2013). "Networks in Argentine agriculture: A multiple-case study approach".
- SILI, M. (2005). La Argentina Rural. De la crisis de la modernización agraria a la construcción de un nuevo paradigma de desarrollo territorial. Buenos Aires, Argentina. Ediciones INTA. 156 pp.
- TOFFLER, A. (1973) El shock del futuro, PLAZA & JANES, S.A, EDITORES, Barcelona.
- TORRADO PORTO, R. (2019). Diversidad y complejidad de los modelos de toma de decisiones y organización productiva en el sector agropecuario del Noreste Pampeano. Aportes para la mejora de la extensión y el desarrollo rural. Tesis doctoral.
Disponible en: http://sedici.unlp.edu.ar/bitstream/handle/10915/74582/Documento_completo.pdf-PDFA.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- TORRADO PORTO, R. & SILI, M. (2020). Toma de decisiones y gestión productiva en el sector agropecuario del Noreste de La Pampa (Argentina). Revista de economía y sociología rural. Brasil.
Disponible en: <https://www.revistasober.org/article/doi/10.1590/1806-9479.2020.198357>
- TRIGO, E.; MATEO, N. y FALCONI, C. (2013). Innovación agropecuaria en América Latina y el Caribe: escenarios y mecanismos institucionales. Banco Interamericano de Desarrollo